



## El movimiento de las flores

El otoño alcanza densidad particular en noviembre, acentuando el frío y la oscuridad que culminarán en el invierno. El campo condesciende con una policromía de ocaso mantenido con abundancia de ocre. El atardecer toma soberanía sobre toda la jornada de la mañana a la noche, hasta parecer que siempre está atardeciendo. Y sin embargo, en este ventanal de crepúsculo, cada año sucede un prodigio de verdadera resurrección.

Allí donde se reúnen las sequedades de nuestros restos, donde la siembra de huesos no da jamás cosecha, donde no se sofoca el silencio; es decir, allí donde ha quedado desahuciado cualquier conato de vida, explota repentinamente una primavera de vida sobre los lechos de nuestros cementerios. El recinto se convierte en un mayo florido adornado con manojos de flores que acompañan tumbas y nichos. Donde no hay posibilidad de besos y abrazos, siempre queda argumento para la flor. Las flores no aprovechan a los muertos, pero arrastran amor, y en ese acarreo de corazones y sentimientos expresa mucho de lo que queremos decir. ¿Quién no habla con sus muertos? A fuerza de pensamientos o a fuerza de flores, sólo se olvidan los desconocidos, no aquellos a los que les debemos tanto en peso de amor.

Vuelvo sobre el prodigio de otoño: el campo santo amanece florecido para hacer memoria de nuestros difuntos. El movimiento que ejercen las flores sobre nosotros, así, de forma inmediata, no empuja hacia la tristeza, sino a la alegría. Podría decirse que son la sonrisa más generosa de la planta, que luego, según los casos, hará una segunda concesión dadivosa en el fruto. La naturaleza nos las regala a nosotros y nosotros se las ofrecemos a los que ya no viven. En este sentido el rigor del cementerio queda embadurnado de sonrisas. Este gesto puede interpretarse en la mayoría de los casos como un movimiento de inercia en la tradición popular (así se ha hecho y así se hará), que manifiesta recuerdo y cariño por los muertos. Yendo un poco más allá, podríamos afirmar incluso que en ello va un deseo de vida (si estuvieran aquí con nosotros...) para los que ya no están. Pero las flores se marchitan y hay relevo para su belleza con otras frescas. Ocupado su sitio, nadie se acuerda de las que murieron. No sucede así con nuestros difuntos, de espacio y bellezas irremplazables. Y, sin embargo cunde poco la idea de que ese deseo de encuentro pueda tener certeza de realidad algún día.

Si atendiésemos un poco a escuchar el encanto de las flores... Sin esfuerzo alegran la vista y en las manos de los hombres, encierran secretos del corazón con mensaje de afecto. Si a esto nos mueven ellas, ¿por qué esa tenaz resistencia a que aquel movimiento nuestro interno que desea y pide vida para los difuntos sea esperado y creído como real? El argumento tiene pose de irracionalidad... pero la misma que acudir con manojos de sonrisas floridas para depositarlas cada año en las tumbas de los cementerios. Esto mitiga la pena, un instante, lo otro concede esperanza de por vida.

**Luis-Eduardo Molina Valverde**  
**Sacerdote de Santa María**